

ALEJANDRO SAWA:
CANTO AL SOL DE UN ESCRITOR CIEGO

Por *Angela Ena Bordonada*

No es infrecuente encontrar en la Historia de nuestra Literatura el caso de un escritor que en su época gozara de gran prestigio, social y literario, que participara en los acontecimientos de mayor relevancia, que estuviera en el candelero de la popularidad, y que hoy su vida y su obra permanezcan en un casi total olvido. Alejandro Sawa responde a los rasgos de este escritor. Nacido en Sevilla, el año 1862, desempeñó un importante papel dentro del mundo literario español finisecular. Durante su primera etapa como escritor siguió con fervor la corriente naturalista en una línea muy próxima a la doctrina y la estética de Emilio Zola, como se puede ver en sus seis novelas: *La mujer de todo el mundo*¹ (1885), *Crimen legal* (1886), *Declaración de un vencido* (1887), *Noche* (1888), *La Sima de Igúzquiza* (1888) y *Criadero de curas* (1888)². Forma parte del grupo *Gente Nueva* y parece que le espera un futuro prometedor. En 1890 marcha a París, donde permanece hasta 1896. En París Alejandro Sawa da un profundo giro a su vida y a su obra. Se introduce en el rico ambiente de la bohemia parisiense del Barrio Latino, conoce a Víctor Hugo, por quien sintió gran veneración³, hace amistad con escrito-

¹ Recientemente se publicó una edición en Madrid, Moreno-Avila, 1988.

² No son muchos los estudios centrados sobre la novela de Sawa. Hay que destacar varios artículos de Gilbert Paolini: «Tipos psicopáticos en *Declaración de un vencido* de Alejandro Sawa», *Crítica Hispánica*, 1979, vol. I, núm. 1, pp. 87-92; «*Noche*, novela de Alejandro Sawa en el ambiente científico de la década de 1880», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LX (enero-dic., 1984), pp. 321-338; «Alejandro Sawa, *Crimen legal* y la antología criminal», *Crítica Hispánica*, VI, 1984, núm. 1, pp. 47-59; «Ambición, pasión y muerte en una novela de Alejandro Sawa: análisis de patología femenil», *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, 1986, vol. II, pp. 391-399. Igualmente interesa Yvan Lissorgues, «El "naturalismo radical": Eduardo López Bago (y Alejandro Sawa)», en *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del Siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1988. En estudios generales Sawa, como novelista, aparece brevemente tratado por Walter T. Pattison, *El naturalismo español. Historia externa de un movimiento literario*, Madrid, Gredos, 1969 y por Mercedes Etreros, «El naturalismo español en la década de 1881-1891», en M. Etreros y otros, *Estudios sobre la novela española del Siglo XIX*, Madrid, C.S.I.C., 1977, pp. 50-131. El estudio más completo y profundo de la novela de Sawa, es el realizado por Jean Claude Mbarga en su tesis doctoral *Alejandro Sawa: Novelística y periodismo*, Madrid, Universidad Complutense, 1990.

³ Valle-Inclán, en la literaturización que hace de Sawa en *Luces de Bohemia*, utiliza esta admiración que sentía el escritor por Hugo, cuando Don Latino llama a Max Estrella el «Víctor Hugo de España» (Esc. V). Y más adelante, tras la muerte de Max

res y artistas, y, particularmente, con Paul Verlaine, del que, a su regreso a España, será portavoz al dar a conocer y recitar su poesía en las tertulias literarias madrileñas⁴. También conoce a los escritores hispanoamericanos Enrique Gómez Carrillo y Rubén Darío.

A este último lo acompaña en París, le presenta al «divino» Verlaine y, según testimonios de sus coetáneos —particularmente insiste en este dato Bernardo García de Candamo en «Influencias literarias. Rubén Darío. *El canto errante*», *El Mundo*, 30-X-1907—, Sawa es también el responsable de que el nombre de Rubén Darío se difunda por Madrid en 1896, aun cuando el poeta nicaragüense había viajado ya a España en 1892 y su libro *Azul* había aparecido en 1888⁵. En París contrae matrimonio con la francesa Jeanne Poirier, nace su única hija, Elena⁶, y, literariamente, dice adiós a las formas y temas naturalistas de su primera etapa. En 1896 regresa definitivamente a Madrid y, tras un breve periodo de brillantez, el elegante y rebelde bohemio, amante de la belleza y del arte, con el recuerdo imborrable de su etapa en París, inicia un periodo que será de miseria y enfermedad. Las colaboraciones en periódicos y revistas son sus únicas y, a veces, esporádicas fuentes de ingreso. En 1906 queda ciego. En los últimos días de su vida enloquece y muere el

Estrella, le dice a su hija: «Que te sirva de consuelo saber que eres la hija de Víctor Hugo» (Esc. XIII). La amistad con Hugo dio origen a numerosas anécdotas, algunas falsas, que el propio Sawa desmintió. Véase, por ejemplo: Luis Bonafoux, «París al día: Alejandro Sawa», *Heraldo de Madrid*, (8-III-1909); y *De mi vida y milagros en Los Contemporáneos*, I, núm. 27, 25 de junio de 1909.

⁴ Remito al magnífico estudio de Allen W. Phillips, *Alejandro Sawa, mito y realidad*, Madrid, Turner, 1976, imprescindible en un primer acercamiento a la obra de Sawa, para observar los testimonios que sobre la actuación de nuestro escritor en dichas tertulias nos ofrecen distintos escritores y críticos de la época como Bernardo G. de Candamo, Rafael Cansinos-Assens, Manuel Machado, para quienes Sawa fue el introductor de las nuevas estéticas parnasianistas y simbolistas en España, pp. 72-74.

⁵ Cuando la gran amistad que unió a Sawa y a Rubén Darío se había deteriorado por motivos económicos —Sawa le exigía el pago de unas colaboraciones periodísticas escritas por él y firmadas por Darío— (véase el proceso de esa enemistad en Allen W. Phillips, *Op. cit.*, p. 106-111), nuestro escritor se lamenta pidiéndole ayuda en una carta de la que destaco el siguiente texto, muy significativo por referirse a esa función de introductor del poeta nicaragüense en España, comentada arriba: «Ven y levántame, tú que vales más que todos. Yo soy algo tuyo también, yo estoy formado, quizá de la misma carne espiritual tuya, y *no olvides que si en las letras españolas tú eres como un dios, yo he tenido la suerte de ser tu victorioso profeta*» (los subrayados son míos). Esta carta está fechada en mayo de 1908 —Sawa está ya gravemente enfermo— y aparece recogida por Dictino Alvarez en *Cartas de Rubén Darío*, Madrid, Taurus, 1963, p. 65.

⁶ Ambas aparecen literaturizadas por Valle-Inclán, en *Lucas de Bohemia*, en Madame Collet y Claudinita, respectivamente, personajes contruidos con abundantes rasgos sacados de la realidad. Uno de los más destacados se localiza en la frase con que Max Estrella, ciego, se refiere a su esposa: «Una santa del cielo con una ortografía del infierno. Tengo que dictarle letra a letra» (Esc. 8^a de *Lucas*). Alude, por un lado, al apelativo *Santa* que Verlaine le dio a Jeanne Poirier y, por otro, al escaso conocimiento que tenía del español escrito.

15 de marzo de 1909. Sólo una ilusión lo mantuvo en su final: publicar su libro *Iluminaciones en la sombra*⁷, recopilación de artículos periodísticos publicados entre 1897 y 1908, con abundantes elementos autobiográficos, que, pese a la constante solicitud de ayuda económica, para costear los gastos de su publicación, que el poeta hizo a sus amigos, vio la luz, en edición póstuma, un año después de su muerte, en 1910, gracias a las gestiones realizadas por su viuda. El prólogo de *Iluminaciones en la sombra* fue escrito por Rubén Darío en un gesto que se puede interpretar de desagravio al amigo muerto, a quien no prestó la ayuda que le pedía en sus últimos tiempos⁸ y a cuyo entierro tampoco asistió⁹.

Alejandro Sawa es un escritor que, injustamente, ha sido recordado más por su vida que por su obra. Eduardo Zamacois es el autor de la frase referida a Sawa, «el hombre es más importante que la obra»¹⁰, frase exagerada y carente de veracidad si observamos los valores de su literatura. Pero no fue su vida, sino su muerte —y en esto insiste también Zamacois en sus *Memorias*—, y no tanto la realidad de su muerte como su literaturización en la obra de autores famosos lo que ha tenido mayor trascendencia. La recreación más conocida es la que realiza Valle-Inclán en el personaje Max Estrella de *Luces de Bohemia*¹¹. Menor repercusión ha tenido, a pesar de ser cro-

⁷ Véase la edición de Iris M. Zavala, Madrid, Alhambra, 1977, que contiene un extenso estudio preliminar.

⁸ Véanse las cartas que Sawa envía a Rubén Darío, durante el año 1908, en Dictinio Alvarez, *Op. cit.*, pp. 63-69.

⁹ Valle-Inclán escribió a Rubén Darío, tras la muerte de Sawa, una carta en uno de cuyos pasajes está fraguada la futura literaturización del bohemio escritor ciego, elevado a la categoría de héroe, en el esperpento *Luces de Bohemia*. Dice Valle en la carta: «Tuvo el final de un rey de tragedia: loco, ciego y furioso» (Véase el texto en Dictinio Alvarez, *Op. cit.*, p. 71).

¹⁰ Eduardo Zamacois, *Un hombre que se va. Memorias*, Buenos Aires, Santiago Rueda Ed., 1969, p. 173. Curiosamente el propio Alejandro Sawa empleó una frase semejante referida a un poeta francés seguidor de Verlaine: «porque en Morice, ¡Oh!, el hombre vale superlativamente más que la obra» (*Iluminaciones*, p. 172. Cito por la edición de Iris Zavala, Madrid, Alhambra, 1977).

¹¹ Véanse los estudios de Allen W. Phillips: «Sobre la génesis de *Luces de Bohemia*», *Insula*, núms. 236-237 (jul.-agos. 1966), p. 9; «Sobre *Luces de Bohemia* y su realidad literaria» en A. Zahareas, R. Cardona, S. Greenfield (eds.), *Ramón del Valle-Inclán. An Appraisal of his Life and Works*, Nueva York, Las Américas, 1968, pp. 601-614; *Alejandro Sawa, mito y realidad*, *Op. cit.*, pp. 21-39. También Alonso Zamora Vicente buscó el origen de Max Estrella en Sawa: *Asedio a Luces de Bohemia, primer esperpento de Ramón del Valle-Inclán*, Madrid, R.A.E. 1967; «Tras las huellas de Alejandro Sawa (Notas a *Luces de Bohemia*)», *Filología*, XIII, 1968-1969, pp. 383-395; *La realidad esperpéntica (Aproximación a «Luces de Bohemia»)*, Madrid, Gredos, 1969, pp. 25-53. Anteriormente ya habían tratado de esta literaturización varios críticos que vivieron de cerca la tragedia vital de Sawa, como Ramón Gómez de la Serna en *Don Ramón del Valle-Inclán*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944, pp. 38-42.

nológicamente la primera, la literaturización que hizo Pío Baroja de Sawa en la muerte del escritor ciego y loco Rafael Villasús en *El árbol de la ciencia* (1911)¹². Antes de morir, parece que Sawa había ya inspirado a Baroja en el francés de *Aurora roja* (1904) y en el bohemio Fermín García Pipot de *Los últimos románticos* (1906); el propio Sawa se vio reflejado en un personaje de *Alborada* de Ernesto Bark¹³.

Resulta injusto, no obstante, este encasillamiento de Sawa como modelo más o menos pintoresco de recreación literaria. Pareja injusticia se comete cuando, esto sucede con frecuencia, al recordar su obra, se le define y califica como una figura menor de la llamada Generación del 98. Es cierto que Sawa coincide con ciertos momentos de algunos noventayochistas, particularmente cuando se descubre en él (*Iluminaciones en la sombra*) una serie de denuncias de la problemática de España y de su sociedad y un intento de buscar soluciones. Ahí enlaza con los puntos más destacados de las doctrinas regeneracionistas, que aglutinaron en un punto inicial el descontento y las inquietudes de aquellos jóvenes escritores e intelectuales de finales de siglo, deseosos de solucionar la crisis a través del cambio. Pero Alejandro Sawa es algo más que ese «maestro», «amigo» o «seguidor» del 98¹⁴. Es autor de una obra que tiene entidad propia. Sawa, que parte del Naturalismo¹⁵, se entrega a una expresión más idealista tras su regreso de París, aunque nunca abandonará su creencia en la realidad como punto de partida de su literatura.

En la última etapa de su vida, a través de sus trabajos periodísticos, se descubre en su personalidad como escritor la confluencia de esas dos tendencias que se manifiestan en la literatura finisecular española: una estética idealista que tiene su origen en el simbolismo francés, del que él se considera uno de los introductores en España, y un afán crítico regenerador que

¹² Tratan de la literaturización de Sawa en ambos escritores Ricardo Senabre, «Baroja y Valle-Inclán en dos versiones de la muerte del poeta Alejandro Sawa», en *Despacho literario* (Zaragoza), 1960, p. 10; Peter N. Dunn, «Baroja y Valle-Inclán: la razón de un plagio», *Revista Hispánica Moderna*, año XXXIII, núms. 1-2 (enero-abril, 1967), pp. 30-37; Antonio Rodríguez Bernard, «Alejandro Sawa: la disidencia maldita», *Químera*, núm. 82 (dic. 1988), pp. 15-16.

¹³ Iris M. Zavala trata de estas literaturizaciones en el estudio preliminar a la edición de *Iluminaciones en la sombra*, Op. cit., pp. 35-36.

¹⁴ Como figura menor del 98 aparece tratado por Luis S. Granjel, «Maestros y amigos del 98: Alejandro Sawa», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 195 (marzo, 1966), pp. 430-444, publicado después en *Maestros y amigos del 98*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1981, pp. 147-163.

¹⁵ Interesa en este sentido recordar el estudio de Antonio Ramos Gascón, «La revista *Germinal* y la *Gente nueva*» en VV.AA. *La crisis fin de siglo: Ideología y literatura*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 124-142, en cuanto que atiende a las vinculaciones que se dan en el seno de la «gente nueva» de *Germinal* —Sawa perteneció a este grupo— entre las distintas corrientes, aparentemente contrapuestas, manifestadas en la literatura finisecular: la continuadora de Zola y la esteticista emparentada con el parnasianismo y el simbolismo francés, junto con el culto al prerrafaelismo anglosajón, en convivencia con una literatura con preocupaciones sociales que derivará —bien entrado el nuevo siglo— hacia la llamada literatura social.

insiste en cambiar las estructuras sociales de España. Es, pues, un modernista en el sentido más puro, entendiendo *Modernismo* como ese movimiento amplio, generalizador, de fin de siglo, que abarca posturas y actitudes muy distintas ante la vida y ante el arte.

Pero no son estos aspectos de la obra de Sawa los que me interesa tratar aquí. Tras esta resumida introducción sobre algunos rasgos de su vida y de su obra, que he considerado necesaria por el general escaso conocimiento que se tiene de este autor, mi intención se centra en resaltar ese factor que condicionó los últimos años de su vida: la ceguera. La privación de la vista marcó fatalmente a este escritor que rindió culto constante a la belleza, que fue un auténtico caballero de la estética, incluso en los peores momentos de su existencia. En uno de los muchos pasajes autobiográficos de *Iluminaciones en la sombra* se refiere a la penuria en que vive, describiendo la pobreza material de su casa, pero hay algo que le resarce de su entorno mísero: la belleza, visual y olfativa, —siempre la expresión de las sensaciones— de unas flores:

«También tengo flores. Como he vendido mis muebles y sólo me he reservado los más precisos, he sustituido el confort por la gala y, si bien es cierto que no tengo apenas mesa donde escribir, poseo en cambio una maceta de claveles que trascienden a gloria, y en lugar de mi artístico *secretaire* de palo de rosa tengo una hortensia que me consuela de muchas pérdidas crueles de vida».

(*Ilum.*, p. 137)

Con frecuencia nos da puntual y detallada noticia de sus muchos males físicos, aunque siempre con una nota poética:

«Dos días seguidos con un fuerte ataque de reuma en ambas piernas y obligado a salir a la calle, sin embargo. ¿Que cómo? Arrastrándome. ¡Yo que a menudo siento dolores en los costados, como si me quisieran brotar alas!

(*Ilum.*, p. 200)

Cuando se refiere a su ceguera, si se interpreta como una lamentación, ésta queda velada por la intensa connotación literaria a que está sometida, llegando a sublimizar la enfermedad convirtiéndola en castigo de los dioses, adoptando la actitud del esteta que sufre lo que más le puede doler y, como recurso, busca una justificación o una solución estética en coherencia con los propósitos de su literatura:

«Mallarmé fumaba constantemente un cigarrillo, decía, para interponer una nube de humo entre la humanidad y él. Buena receta para vivir en belleza, como se dice ahora. El dios malo, cegándome, quemándome los ojos, fue magnífico conmigo, sólo que mi voz es áfona para gritarle: ¡Hosanna!»

(*Ilum.*, p. 217)

La ceguera sumió en la oscuridad —no pretendo que esta frase alcance tintes melodramáticos— a un hombre, un escritor, para quien la luz —no me quiero referir ahora al valor del cromatismo en su obra— y, particularmen-

te, el sol aparece como el símbolo y el exponente de todo lo positivo. Mientras, y como natural contraste, el frío, la bruma, las tinieblas representan en su obra la maldad, la incultura, todo lo negativo que hay en el mundo y en el hombre. El mismo título de su libro, *Iluminaciones en la sombra*, es altamente significativo: la búsqueda de la luz en la oscuridad¹⁶.

El sol se identifica con la belleza y la cultura porque, para Sawa, el sol mantiene su carácter divino. En el elogio que hace del poeta peruano José Santos Chocano (1875-1934), gran amigo de Sawa, dice:

«Viene del sol. Este poeta hijo de madre mortal viene del sol. Las musas lo cuentan así, a los cuatro vientos. (...) José Santos Chocano viene del sol. La raza autóctona de su país lo amaba. Los viejos incas porfirógenitos, le prestaban adoración. Helios lucía igualmente en los cielos que sobre los altares».

(*Ilum.*, p. 177)

Por la misma razón, el sol simboliza la bondad:

«¡Bendito sea Dios!, que ha prolongado la vida de los míos un año más; que da reparación y fuerzas a mi santa madre; que no nubla jamás *el sol* en el alma de Juana»¹⁷

Muy expresivo es el siguiente texto donde la influencia positiva del sol sobre el escritor es indudable:

«En los días de sol leo a Hobbes y a Schopenhauer, para no abrazar a toda la gente con quien me topo por las calles. Como un elemento químico circula entonces el amor por la sangre de mis venas. Y nada parece más fácil a mi mentalidad en tales días que abarcar entre mis brazos a la humanidad entera. Nacido en un país de brumas, en Inglaterra, yo sería malo quizás» (p. 176)

Esta misma oposición del *sur-sol* y el *norte-bruma* da idénticos resultados en beneficio del primero, cuando atiende al plano cultural y del progreso:

«Ninguna cristalización definitiva de la armonía de vivir ha cuajado jamás entre brumas y heladas. Diríase que el progreso tiene necesidad de sol para alentar. Egipto, Grecia, Roma, las lejanías gloriosas de la Historia. Del Báltico, del mar del Norte, yo no conozco sino los bajeles

¹⁶ Quiero destacar aquí el acierto de Valle-Inclán al elegir el nombre de su personaje, Max Estrella.

¹⁷ Juana es su mujer. Es frecuente en *Iluminaciones* la alusión a miembros de su familia. Este texto fue escrito un día primero de enero, Sawa tenía costumbre de escribir en esa fecha cada año, como una muestra más de su preocupación —auténtica obsesión— por el paso del tiempo. Hay pasajes muy significativos en este sentido: «No he escrito ni una sola línea y son ya las once de la mañana. Me aturde como un formidable redoble de tambores pensar la bárbara cantidad de tiempo que se gasta en no hacer nada» (*Ilum.*, p. 174); «Arranco una hoja de mi calendario de pared y quedo asombrado de la tranquilidad absolutamente mecánica con que realizo ese hecho terrible» (p. 179). Este tratamiento del tiempo coincide con el que se observa en otros escritores de la época.

piratas de los normandos. Mientras que el fecundo Mediterráneo es la ancha carretera semoviente, vía del Triunfo, donde el Dios ha mostrado muchas veces la faz amable que hace a los hombres buenos y dulces, como un panal, la vida. Para escribir un libro de rezos a la civilización había que titularlo El Mediterráneo»

(*Ilum.*, 149-150)

Y cuando plasma el desencanto que le produce la observación de la España de su época, al intentar buscar una solución, el auge, la prosperidad y la dignidad histórica quedan resumidas en la alusión al sol:

«Yo creo con ardor, eso sí, que España es digna de mejor suerte, pero no creo que sea el medio más adecuado para que recobre *su puesto al sol* y a la vida entre las naciones verticales, deformarle a sus hijos, desde la niñez, el sentido óptico (...)»

(*Ilum.*, p. 256)

En este último texto se ve la asociación *sol-vida* en la frase «que recobre su puesto al sol y a la vida». Es muy frecuente encontrar este tipo de asociaciones de *sol* a palabras de sentido inequívocamente positivo, como *salud*, *justicia*, etc. Cuando lamenta el olvido de la celebración del tercer aniversario de la muerte de Campoamor, de quien era gran admirador, dice que se pondrá de acuerdo

«un día de salud y de sol, con algún poeta y con una linda mujer, para, los tres unidos, coger a brazadas todas las flores vistosas que podamos y formar con ellas el gran ramillete permanente y fresco que debemos al mago de las *Doloras*, los enamorados y los poetas»

(*Ilum.*, 147)

Denuncia los defectos de la juventud de su época y dice que

«(la juventud) ¡Es carente de estímulo, de protección, de ambiente, de *sol* y de *justicia*, de aire respirable»

(*Ilum.*, p. 200)

A esa misma juventud le reprocha desconocer la filosofía de Nietzsche —recordemos la fuerte influencia que el filósofo alemán ejerce sobre los intelectuales españoles de la época¹⁸— que en el texto siguiente es llamado *sol de medianoche*:

«No creo yo tampoco que la juventud española contemporánea transcurra su vida interna iluminada por ese *sol de medianoche* que en nuestra constelación intelectual se llama Federico Nietzsche»

(*Ilum.*, p. 198)

Por el contrario, la ausencia del sol significa un mal presagio. En un relato y como premonición de la tragedia del personaje al que se refiere:

¹⁸ Véase Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967.

«y nuestro hombre vino a darse cuenta de ello un luctuosísimo día de invierno en que el sol en los cielos estaba eclipsado por las nubes y la piedad humana por el vaho de las digestiones satisfechas»

(*Ilum.*, p. 238)

La ausencia del sol es tristeza, dolor, soledad, es el final de todo:

«Algunas veces diríase que el sol se extingue; que la noche y el frío están ahí, todo fauces, ante nosotros, y que vivimos en horas que no tienen día siguiente»

(*Ilum.*, p. 240)

En alguna ocasión la ocultación del sol llega a simbolizar la guerra:

«Porque la bandera imperial de Rusia es amarilla y la del Japón, hubo en Asia un duelo desesperado que ocultó la luz del sol con el humo de los cañones»

(*Ilum.*, p. 216)

En esta misma línea, la lluvia recibirá idéntico tratamiento negativo, que se acentúa, cuando, como contraste, aparece una de las muchas evocaciones del Mediterráneo que Sawa introduce en su obra:

«Acabábamos de cenar. Nuestra cena había sido lúgubre, porque fuera la lluvia se fundía en humidades lacrimosas con la tierra, y dentro parece como que espesaba la atmósfera, al modo de un gas muy acre. Latinos del Mediterráneo, no acertábamos a ver en la lluvia sino la condensación visible del llanto universal, del viejo y eterno luto humano»

(*Ilum.*, p. 248)

Y, recordando la muerte de Verlaine, dice que «Aquel día del mes de enero era *llorón y triste* (...)» (p. 156). Hay aquí una fusión semántica de *llover* y *llorar*, inspirada, sin duda, en los versos del poeta francés, que cita en otro pasaje, teniendo como motivo también la lluvia:

«Y llueve sin interrupción desde hace más de veinte días. ¡Oh, la triste letanía verlainiana:

Il pleure dans mon coeur
comme il pleut sur la ville»

(*Ilum.*, p. 142)

La nieve le produce melancolía y evoca en la mente del escritor imágenes sombrías:

«Nieva... Yo no quiero conturbar mi espíritu con horrendas visiones de miseria. Nieva...

(...)

Nieva... Y para cohonestar mi melancolía, doime a pensar en todas las alburas que hacen soportable la jornada: en el azahar, en el nardo, en los vellones de las ovejas recién paridas, en los esplendores niveos de ciertas arquitecturas del cielo.

(...)

La nieve no deja ver los hondos horizontes, y es sabido que todas las lejanías soberanamente bellas son azules: la montaña, el mar, el cielo...»
(*Illum.*, p. 161)

El frío físico se transforma en frío moral y es expresión de su alma de hombre derrotado:

«Brutal, brutal el día. Escribo desde la cama. Hace fuera un frío siberiano, y tengo las entrañas heladas, la temperatura de un muerto. No es la culpa del termómetro. Mi frío es —¿cómo decirlo?— un frío moral, el frío que debe acometer a los niños que se sientan de pronto abandonados»

(*Illum.*, p. 129)

La obra de Alejandro Sawa, particularmente su obra de madurez, es, pues, en este sentido un canto al sol, a quien tributa un auténtico culto religioso. Es, a la vez, una reivindicación del sur y de las raíces mediterráneas de alguien que nació en Sevilla, se crió en la luminosidad de Málaga y en cuyos ascendientes genealógicos, de entre las frondosas ramas andaluzas, emerge con fuerza el Sawa griego de su abuelo paterno. En una contradicción, sólo aparente, Sawa, necesitado del sol y amante del sur, fue a la vez un gran admirador de París, de su cultura, de su ambiente, de su lengua y de sus gentes. El recuerdo de París lo acompañará hasta su muerte. Dice en *Illuminaciones*, refiriéndose al período de su vida en París:

«(...) y a esa porción de tiempo corresponden los bellos días en que vivir me fue dulce» (p. 177)

¿Cómo entender esta contradicción? Rubén Darío se hace el mismo planteamiento en el prólogo a *Illuminaciones*:

«No podía ocultar la nostalgia del ambiente parisiense, y se sentía extranjero en su propio país, desarraigado en la tierra de sus raíces. ¿Por qué ese tipo solar, hijo de padre griego y de madre sevillana, y que pasó sus primeros años al amor de la luminosa Málaga, amaba tanto a París, en donde el sol se muestra tan esquivo y una bruma del color del ajenjo opaliza los otoños?»

(*Illum.*, p. 72)

Si Rubén Darío hubiera leído *Illuminaciones en la sombra* antes de escribir el prólogo —¿leería el libro después?—, habría encontrado la respuesta en un bello pasaje donde además, y en una postura fatalista, Sawa explica su ceguera como un castigo del sol por haberlo traicionado:

«Yo soy un hombre castigado por el Sol. Viejas teogonías de pueblos históricos coincidentes con perennes religiones de comarcas, por insu-misas o salvajes, sin historia, proclaman al Sol el gran árbitro inicial del mundo.

Yo lo amé de niño, en mi país solar de Málaga, porque cuando se ofrecía con todos sus faustos, representaba para mí el periodo escolar de las vacaciones. Luego lo desamé por afición a lo extranjero, a lo exótico, a los paisajes brumosos, a los campos amortajados por la nieve; lo amé de nuevo, vuelto de cara y de espíritu al Oriente; le volví la espalda después. Y, pecador de tan mortales pecados, porque no se juega con las cosas sagradas como con cubiletes, héme aquí herido en ambos ojos y mirando incesantemente a lo alto en los días de sol con mis pupilas ateas que ya no lo reconocen»

(Ilum., p. 220)